

se quedaron con el niño en un merendero, Gabriela y yo nos perdimos a lo largo de una calle de fresnos en busca de violetas. La niña llorosa y apenada no levantaba los ojos.

No lo ve vd., Gabriela... ¿Que no llore?—murmuró enjugándose los ojos. ¿Cómo no he de llorar! Quiero a Pepillo con toda mi alma. Día y noche le tengo en la memoria... su desgracia es la eterna amargura de mi vida. ¿Deforme, enfermizo, y... malo! Si, Rodolfo, ese niño es malo! ¿A quién ha salido? ¿De quién ha heredado esa perversidad de corazón? ¿Qué será de él si llega a hombre? Me odia, me detesta, y yo le amo... Ya vd. ha visto cómo me trata... ¿Y todas las gentes me envidian, y todos dicen que soy la más feliz de las mujeres!... ¿Feliz?

—Debe vd. perdonar a Pepillo... —Lo perdono... pero no puedo permitir que sea así... La perversidad de ese niño crece de día en día... Por fortuna no vivirá mucho... No le deseo la muerte, no, ¡Dios me libre de ello! pero, ¿dónde vamos a parar, si Pepillo sigue con esos instintos crueles y depravados? Si viera vd. cómo tiemblo al pensar que el mejor día, por cualquier motivo, será vd. objeto de las iras de esa infeliz criatura!

—No tema vd. me quiere, hacemos buenas migas... —No, Rodolfo; es mi hermano, le quiero mucho, pero le conozco; no hay que fiar de ese niño.

Entonces Gabriela me refirió mil incidentes desagradables y me hizo comprender, muy claramente, que temía que Pepillo dijera el mejor día algo que me lastimara y me ofendiera, y con este motivo la pobre niña me abrió su corazón.

—Todos me envidian, codician mis riquezas, pero, a decir verdad, amigo mío, ¿de qué me sirven lujo, comodidades y bienestar sin el medio de todo eso soy víctima de ese pobre niño, de mi hermanito, de mi único hermano, a quien amo y compadezco?

De pronto, como si aquella conversación le fuese penosa, varió de asunto y deteniéndose al pie de un árbol se puso a contemplar, a través del follaje, las últimas luces del día, el cielo dorado sobre el cual se dibujaban, limpidas y claras, las ramas de un gran fresno desnudo, mientras yo ataba un haz de violetas.

—Hermosa tarde! ¿Quién pudiera trasladar al papel el espléndido cuadro que tenemos delante! Vd. está triste... ¿por qué? Nosotras deseamos verle contento. ¿A qué eso rostro abatido y melancólico? Papá nos ha dicho que ha sufrido vd. mucho...

Cierramente, me rendía la tristeza. Pensaba yo en los míos, en mi pobre casita, en las buenas ancianas cuyo recuerdo me era tan querido, y en Linilla, en mi dulce Linilla.

—No, señorita...—murmuró sonriendo. A las veces se me va el pensamiento hacia Villaverde, en busca de los que me aman... —Y más allá... más allá... detrás de esas montañas que atraen las miradas de vd. Sonrió la niña, y me señaló a lo lejos los picos más altos de la Sierra, y agregó:

—Diga vd.: ¿No es allí, en aquellos valles donde está el pueblo de San Sebastián? —Sí. —Pues allí está Angelina.

LII

De madrugada, antes de salir el sol, monté a caballo y salí de la hacienda camino de Villaverde.

Era domingo. Delante de mí avanzaban lentamente algunos peones y una media docena de rancheros que iban al tianguis, jinetes en malas caballerías. Clareaba el alba en la cima de los montes, y sobre la esplendorosa claridad del sol naciente se dibujaban los perfiles boscosos de los cerros de Villaverde, las grandes moles de la cordillera meridional, y las montañas de Pluviosilla envueltas en los vapores matinales que parecían gasas hechas girones en los picachos; repicaba alegre-

mente el campanario de una aldea cercana, y del profundo lecho del Pedregoso, protegido por los ahuehuetes y los álamos, se alzaba espesa y se desvanecía vagarosa blanquecina niebla que velaba las arboledas.

¿Qué largo me parecía el camino! ¿Con qué ansia me aguardarían mis tías! ¿Qué anhelo el mío por llegar a la ciudad! La campana de la aldea repicaba festiva, y el viento matinal, fresco é impetuoso, traía hasta allí las mil voces de los templos vilaverdinos, música incomparable que repetida por los ecos parecía el canto de los valles y de los bosques. A poco descubrí el caserío, las torres y las cúpulas en cuyos azulejos centelleaba el sol.

Media hora despues estaba yo al lado de mis tías.

—¡Muchacho!—exclamó tía Pepilla.—Entra para que te vea tu madrina... La pobrecilla ha estado muy mala; buen susto nos dió... Por eso no te hemos escrito. ¿Quién lo habla de hacer? Si Angelina estuviera aquí...

Entré en el cuarto de la enferma. La pobre anciana estaba en un sillón, muy abatida y trémula. Se animó al verme, y cuando me acerqué para abrazarla me miró tristemente, y con voz muy débil, tan débil que apenas la oí, me dijo:

—Al fin viniste... ¡Gracias a Dios! Temí que no volviera a verme... Pero ya pasó... ya pasó. Ya estoy bien, muy bien. ¿Estás contento? ¿Te gusta la hacienda?

Me apresuré a contestarle que el Sr. Fernández me trataba muy bien; que toda la familia me distinguía con su afecto, que el trabajo era ligero y agradable y que tenía yo un sueldo muy bueno, como nunca pensé alcanzarle, como jamás le soñé.

—Así lo esperaba yo! ¡Me alegro, hijito, me alegro mucho! Si tú vieras cuánto pena me causaba ver que en la casa de Castro Pérez ganabas poco y trabajabas mucho...

—¡Yaya! A desayunar, hijo mío... Y después, quítate ese traje de ranchero... ¡No me gusta! No quiero verte así! Ponte otro vestido, y vete a pasear... ¿Cuándo te vas, esta tarde ó mañana?

—Mañana temprano... Tía Pepilla me esperaba en el comedor, en el pobre comedor donde señora Juana iba y venía muy deseosa de atenderme y oprimirme.

Mientras yo desayunaba alegremente y con buen apetito, tía Pepa conversaba. —Tengo una carta para tí, una carta de Angelina. Ayer la trajeron; hasta ayer vino el mozo... Ahora te la daré...

—Venga esa carta, tía; venga esa carta... —¡Impaciente! Come y calla. Para todo hay tiempo... Y dime, ¿qué tal es la señorita Gabriela?

—¡Lindísima! —No tanto, hijo; no tanto! No es fea... ya me lo sé. Pero, ¿es buena; es simpática? No es orgullosa ni altiva? Vamos, dime, dime... —Antes la carta, tía; antes la carta de Linilla.

—Paciencia, niño, paciencia. ¿Qué fugas son esas? Cualquiera día... —¿Qué diría?

—Nada. La anciana sonrió dulcemente, y salió del comedor. A poco apareció en la puerta, mostrándome la carta deseada.

—¿Qué me das por esto? —Un abrazo. —¡Es poco! —Un beso. —Es poco.

—Pues entonces, ¿qué quiere vd.? —¡Tu cariño! ¡Tu cariño, muchacho, que con eso me basta!

La señora se llegó hasta mí, me abrazó, me acarició dulcemente, y puso delante de mí la carta de Linilla, diciéndome: —¡Ay, Rorró! Anoche soñé una cosa...

—¿Qué? —La diré... No, mejor es callar. —Hable vd., tía. —Soñé que te habías enamorado de... Gabriela!

—¿De Gabriela?

—Sí, de esa señorita que es tan buen tan amable, tan elegante, tan inteligente, tan linda, y... tan rica.

—No, tía. Mi corazón tiene dueño. —¿Y quién es? —Ahí está el secreto. —¿Secreto? —Secreto...

—Mira, Rorró; a mí no me engañas... —¡Ah! —Mira, lee tu carta... y déjame en paz. A solas, en mi cuarto, abrí la carta de Linilla:

—Rodolfo mío: —"En vano habrás esperado mi contestación, y ya me imagino tu impaciencia al no recibir noticias mías. Papá ha estado enfermo; cosa de nada, es cierto, pero nos tuvo muy inquietas, y de más a más el mozo no ha ido a Villaverde. Fué a Pluviosilla, a traer muchas cosas para la Semana Santa, cera, ornamentos, y una una lindísima que será estrenada el Jueves. Vamos a tener unos días de mucho trabajo; figúrate que aquí no se cuenta con nadie para eso de arreglar el altar, y yo tengo que hacerlo todo. He preparado cosas muy bonitas: corinas, ramilletes, moños, y mil otras chucherías, todo nuevo. Papá está contentísimo, y cuando descanse del confesionario viene a divertirse viendo cómo trabajo. Ahora no es tiempo de pensar en el novio, señor mío, es mucho lo que falta por hacer, y todo tiene que salir de mis manos. Al fin del día estoy muy cansada, pero yo que no te olvido, y que a todas horas pienso en tí, te dedico un rato todas las noches, y a esa hora no hago más que recordarte y ver tu retrato. Son las once de la noche, estoy solita en mi pieza, y con lápiz, porque olvidé traer el tintero y la pluma, te escribo estas líneas muy de prisa, tan de prisa que no sé cuántos disparetes estoy poniendo.

—"Me alegro que pienses de otro modo. ¿Qué es eso de orer que la vida es mala! No, señor mío; ni yo que he sido tan desgraciada tengo esas ideas. El otro día leí en un periódico un artículo muy largo en que trataban de unos filósofos que tienen ideas parecidas a las tuyas. Allí hablan de un alemán, cuyo nombre no recuerdo, porque es muy largo y muy revesado, del cual dicen que tiene unas ideas parecidas a las tuyas. Y yo me dije: ¡vaya! sin duda que Rorró ha leído los libros de ese señor, y en ellos aprendió esas tristezas con las cuales me apena y me acorchoja. Pregunté a papá si esas obras están prohibidas y me dijo que sí. De manera que ya lo sabes: si las tienes, quémalas; si las has leído, no vuelvas a leerlas. ¡Verdad que lo harás así! Sí, porque me quieres mucho.

—"Cuando recibas esta carta ya estarás en Santa Clara. Cuidado y te enamores de Gabriela. Es muy hermosa y muy simpática, y muy inteligente y muy buena, y además rica; pero no te querrá tanto como yo.

—"Después que leí la carta en que me decías que ibas a colocarte en la hacienda del Sr. Fernández me puse muy triste. ¿Por qué? Dios lo sabe. Como eso es bueno para tí debía yo ponerme alegre, muy alegre, pues con ese destino no tendrás dificultades y tu vida será más tranquila; pero, voy a confesarte una cosa aunque te rías de mí: me desagrado la noticia; sentí que el corazón se me oprimía y que los ojos se me llenaban de lágrimas. Ya sé lo que vas a decir, ya lo sé. Dirás que estoy celosa... ¿Celosa? No sé lo que son celos. Acaso eso que siento al pensar que vives cerca de esa señorita tan hermosa y tan elegante; acaso serán celos estos temores que me asaltan cuando recuerdo que hace tiempo que Gabriela me preguntó por tí, con mucho interés, con demasiado interés. Comprendo que en ella encuentran muchas cosas que yo no tengo; Gabriela es una señorita más digna que yo de ser amada, sí, más digna que yo. No me da pena confesarlo, y óyelo bien, mira que te lo digo sinceramente, como lo siento, como si mi madre me oyera: si te enamoras de Gabriela, si en el amor de esa niña está cifrada tu felicidad, si ella es para tí dicha y ventura, no vaciles, olvídate, olvida a la po-

bre Linilla y sé feliz. Ya te lo dije, te lo he dicho muchas veces, todo el anhelo de mi corazón es verte dichoso; porque lo seas lo sacrificaré todo, me arrancaré del alma tu cariño y procuraré olvidarte. Acuérdate de lo que dice tu tía Carmen, que para tí, sólo Gabriela. El corazón me dice que nuestros amores no serán dichosos... ¿Sabes por qué? Porque nací condenada a padecer; y no me conformo con el cariño de mi papá que es lo único en que debo fiar. Una cosa voy a pedirte: que el día que ya no me quieras me hables francamente y me digas la verdad, toda la verdad. Tú dirás que estos temores míos son infundados, que son locuras mías... ¡Dí lo que quieras! Yo cumplo con no ocultarte nada, nada de cuanto pienso y siento. Ya sabes que no tengo secretos para tí, y que cuanto se me ocurre te lo digo, aunque sea en contra mía.

—"Quería decirte una cosa, pero reflexiono y pienso que sería inoportuno hablar de ella. Sin embargo, voy a confesarte mi deseo de no ocultar a papá nuestros amores. Me parece cruel, inhumano que los ignore. No debí corresponderte a tu cariño sin que papá tuviera noticia de que te amo y me amas. Hice mal, muy mal, así lo comprendo, y acabo esta pena que oprime mi corazón es un castigo para mí. ¡Celos! Dirás tú... Lo que tú quieras; yo sé que me duela el alma, que no cesa de llorar y que tengo que ocultar mis lágrimas. No tenga a quien contar lo que me pasa, y acaso el pobre anciano podría consolarme y aliviar mi pena. Si papá supiera de nuestro amor, con él hablaría yo de tí, de mis temores, de mis presentimientos, de que sólo pienso en tu felicidad, aunque sea a costa de mi dicha. Pero no le diré nada, no, jamás; se apenaría el santo viejecito y no quiero contristar ese noble y apasionado corazón, corazón de niño, corazón de mujer que de nada se lastima. Aunque tú me digas que sí, que le diga todo, no lo haré.

—"Pero ¿verdad, Rodolfo mío, que me amas, que me adoras, que sólo vives para mí? No es cierto que me apena sin motivo y que no tengo razón para estar celosa? Y aunque tú quieras a Gabriela ó a cualquiera otra, qué me importa! Te amo, y con eso me basta. No soy egoísta; no te quiero porque tú me quieras, te amo, y en amarte oíro toda mi dicha. ¿Me amas? ¡Feliz de mí! ¿No me amas? ¿Y qué? Me basta con amarte.

LINILLA (Continuará.)

ALEGRÍA.

Oh, dulces horas de mi hogar sereno! Oh, delicado amor! Oh, casto seno Do aspira el alma bienhechor solaz! Oh, fuente inagotable de alegría, Hija del corazón! esposa mía! Esfuerzo, y gloria, y efusión, y paz!

Quando los males a mi lado llegan, Y por volcar mis ilusiones bregan, Inundando de miedo el corazón; Ann de la vida en la feral batalla, Siento que el alma en sus angustias calla, Y no se entenebrece mi razón.

Sé que la dicha que promete el mundo Es de zozobras manantial fecundo, Es gozar hoy para despues sufrir; Mas si hay quien sepa prodigar consuelo, Está muy cerca de la tierra el cielo, Y brilla sonrosado el porvenir.

Por eso, en medio de mi lucha brava, El alma nunca se somete esclava, Ni llora ausencias de fugaz placer; Que es toda pena soportable y corta, Si angelical criatura nos conforta, Y sabe amar y sabe conmovér.

Y yo tengo en mi hogar la fuente para De esa sencilla, celestial ventura Que el espíritu eleva hácia su Dios: Dan a mí sér fulgores de alborada El alma entera de mi esposa amada, Y un pedazo del alma de los dos.

El alma de mi esposa! Luz serena Que con sus suaves resplandores llena De claridad mi estéril juventud: Su abnegacion en mis tenaces duelos Desvanecen y borran mis develos, Y estimulan mi tímida virtud.

En su inefable, angelical sonrisa Mi enamorado espíritu divisa Un mundo nuevo de idéal placer: Si viene a mí, de amor enagenada, Es un sol de ventura su mirada, Y resplandece de emoción su sér.

Y yo, al sentir su mágica influencia, Al aspirar la generosa esencia De su tranquilo, penetrante amor, Siento que me avasalla la alegría, Que se desborda en luz mi fantasia, Y no apetezco bienestar mayor.

Natalia! Mi Natalia! Mensajera De la dicha en mi hogar. Mi compañera De la existencia en el falaz vaiven. Espéras, inquebrantable en sus amores, Cubre mi senda de fragantes flores, Y ante mis ojos ilumina el bien.

Oh! Cuánto te amo, sí! Cómo mi alma, Al espaciarse en su fecunda osma, Se eleva agradecida a su Creador: En medio de mis dudas y mis penas, Inofensivas fueron las cadenas Con que el destino me amarrió al dolor.

Y soplan en mi hogar auras tan puras, Que allí se sienten mal las amargas; Que el tedio nunca penetró hasta allí; Y en guardia están contra invasión penosa Inocencia y amor, hija y esposa, Difendiendo ternuras para mí.

Oh! Cómo el pecho dilatarse siente! Mi esposa y yo, con emoción creciente, En uno y otro extremo del sofá: Y entre los dos, su gracia peregrina, Con inseguros pasos, Adelina Del uno al otro repartienda va.

Hechicera oritura que no sabe Si el infortunio en la existencia cabe, Si hay más allá de su infantil placer; Mas ¿qué de lo que ignora todavía? Bastante sabe ya con su alegría, Y abarca inmensidades su poder.

Como un arrullo a balbutir empieza, Y en su semblante vibra la belleza De un mundo inexplorado de expresion; Los pisecitos inseguros mueve, Y ya en su afán, hasta a volar se atreve, Y no ve el riesgo su atrevida acción.

Y su madre, feliz, y yo, hechizado, Ante ese dulce sér, enamorado Del movimiento que ensayando está; Y si con gracia señorial agita La rubia y ondulante cabecita, El alma en sus hechizos quedará.

Oh, prendas de mi amor! ángeles míos! Es el hogar como apacible río Que su serena linfa lleva al mar: Y si éste, firme, embayesido espera, La rumorosa linfa avanza, impera, Y va el vientre del monstruo a refrescar.

Si el mundo, como el mar, rage bravío, Es el hogar como apacible río Que su serena linfa lleva al mar: Y si éste, firme, embayesido espera, La rumorosa linfa avanza, impera, Y va el vientre del monstruo a refrescar.

Si fuera las pasiones serpentean Y entre los hombros la discordia crean, Y llegan mi morada a conmovér, La diosa pura, de mi hogar señora, Detiene la invasión arrolladora, Y la hace, sin chocar, retroceder.

Ay! una pena el corazón me asalta:

A este concierto de mi dicha falta La voz austera de mi antiguo hogar... Hasta las playas de la tierra mía, Hasta mi madre cariñosa y pia, Quisiera mis venturas propagar.

Y más aún. En mi ilusión quisiera Desvanecer la pertinaz quimera De los que van de su infortunio en pos. Oh, casta esposa! Tu bondad sublime Para el que triste y desolado gime. Piadosa impetrate la bondad de Dios.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA. México, Diciembre de 93.

IMPOSIBLE!...

El conductor introdujo su cara adusta en el carro y despues de lanzar una mirada escudriñadora a todos los rincones, pidió con voz rutinera y desapacible los bolstos. Luego se oyó un golpe de puertas que se cierran; sonó un agudo silbato al que respondió un rugido de la máquina y el tren se puso en marcha...

Armando con medio cuerpo echado fuera de la ventanilla, contemplaba absorto los campos y colinas que oscurece la noche y deja que el viento, aumentado por la velocidad del convoy, le azote el rostro.

Pienso con enternecimiento en la hermosa niña que dejó en el pueblo de... adonde vuelve ahora despues de ocho años de ausencia. Le parece verla con su lindo rostro pálido y sus ojos negros llenos de luz.

¡Ocho años!... Cuántas esperanzas frustradas! cuántos sueños de fortuna y gloria desvanecidos!... Sin embargo, no está triste, porque sabe que le aguarda una vida de ventura y paz al lado de su primer amor.

Ella le dijo un día, cuando se vio obligado a partir en busca de un poco de dinero, jurando no volver a poner los pies en su pueblo mientras no tuviera una fortuna para llevar a su amada a la altura social en que deseaba colocarla: vuelvas rico ó pobre, mi corazón será siempre tuyo; para mi dicha me basta con tu amor y tu talento... Y él partió llorando de gratitud y cariño.

Despues, en la ausencia, vinieron las dulces cartas de amor; las que se leían con el corazón y se besa con ternura, porque comienzan con un beso y concluyen con una lágrima... Ahora hacía ya tres meses que no recibía una letra de la bella niña; pero él la disculpaba fácilmente; quizás estaba enferma! Había sido tan rigoroso el invierno y ella era tan delicada! Además iba a verle dentro de algunas horas y oíría de sus mismos labios la historia de aquellos tres meses que le habían parecido tres siglos.

Así, pues, su corazón estaba sereno como el cielo estrellado que abstraído contemplaba y sólo vino a arrancarse de su delicioso ensueño cuando el tren se detuvo en la estación de su pueblo. Bajó con presteza y se hizo conducir a la casa de su familia donde todos dormían, pues él había querido dárles una sorpresa y no había anunciado su llegada.

Preguntó a la antigua sirvienta que vino a abrirle la puerta, si estaba desocupado el cuarto que él habitaba en otro tiempo y habiéndole respondido afirmativamente, penetró en su interior, despues de recomendarle que no comunicara a nadie su vuelta hasta el día siguiente.

Entonces fué a sentarse a la orilla del lecho y su mirada húmeda con la emoción de los recuerdos, recorrió la modesta estancia. ¡Ah! su buena madre lo había conservado todo tal como estaba en el día de su partida!

En un rincón, el escritorio con los libros alineados en forma de pirámide y el tintero con la pluma atravesada; en la pared, frente al lecho, la imagen de aquella Dolorosa que una tierna mano había colgado allí para que lo librara de los pesares y de los sueños tristes que hacen llorar... aquí el velador [con